



Instituto Superior

NUEVA PREPARACIÓN FÍSICA

A-1531 INSTITUTO INCORPORADO A LA ENSEÑANZA OFICIAL



ESCUELA PSICOANALITICA

DE

PSICOLOGIA SOCIAL

INSTITUCIÓN DE DOCENCIA E INVESTIGACIÓN EN
PSICOANÁLISIS, PSICOLOGÍA SOCIAL, REDES SOCIALES Y
FENÓMENOS GRUPALES, INSTITUCIONALES Y COMUNITARIOS

MATERIAL TEÓRICO

de

PSICOLOGÍA SOCIAL

Teoría de Pichon-Rivière y
autores conexos



CONCEPTO DE GRUPO

INTRODUCCIÓN

Cabría preguntarse por qué, siendo la temática de lo grupal central para la Escuela Psicoanalítica de Psicología Social, recién ahora aborda desde la teoría la temática “grupos”. La razón es simple: es preciso que ustedes, antes de tener un acercamiento intelectual al tópico, accedan a este objeto desde lo vivencial, desde el registro de sus propios cuerpos, desde sus propias percepciones.

De este modo damos cumplimiento a uno de los postulados básicos del Método Dialéctico, herramienta que emplearemos en forma permanente: primero tomar contacto con los hechos concretos, luego teorizar, para finalmente verificar en los hechos las hipótesis teóricas formuladas.

La historia humana es la historia de los grupos. No concebimos al individuo sino en un marco grupal, tanto en el desarrollo de la especie (filogénesis) como en la historia de cada ser (ontogénesis). Los hombres primitivos operaban sobre los objetos de este mundo asociados en grupos: procuraban alimento, construían su hábitat, criaban sus hijos, se divertían, guerreaban, comerciaban en grupos.

Sin embargo, no se ha encontrado en las lenguas primitivas vocablo alguno que aludiese al pequeño grupo, ese ámbito donde cada uno puede relacionarse con el otro cara a cara. No estamos hablando de los grandes agrupamientos, de las tribus, de las comunidades, sino de las asociaciones reducidas donde los vínculos son más estrechos, más directos.

RESISTENCIA AL ABORDAJE DE LO GRUPAL

En consonancia con esta ausencia, tampoco la ciencia ni las disciplinas que la precedieron -el pensamiento mítico, el religioso, el filosófico- han puesto los ojos sobre esta temática, en tanto objeto de estudio, sino hasta hace relativamente poco tiempo.

Llama la atención que un fenómeno que involucra tan profundamente al sujeto haya sido tan tardíamente abordado. Entre las corrientes que se han ocupado de lo grupal tomaremos especialmente a la Escuela Francesa de Grupos, donde Didier Anzieu, psicoanalista e investigador contemporáneo, es figura de referencia obligada. Su texto *“La Dinámica de los Pequeños Grupos”* -sobre todo el capítulo “Reseña Histórica” resulta de particular interés a este respecto.



La hipótesis que hoy barajamos a propósito de esta postergación se cimenta en el concepto de resistencia. Término tomado de la física, llamamos así -desde el psicoanálisis- a la fuerza inconsciente que se opone a un impulso, a un intento que busca un objetivo de satisfacción.

Si bien la humanidad tiene en el grupo una substancia constitutiva principal, la inteligencia se resiste a categorizar un objeto que es fuente de conflicto. Nos enseñan que primero está el sujeto y luego el grupo, cuando es exactamente a la inversa. Sin grupo no hay sujeto, no concebimos a un sujeto naciendo por fuera de una estructura grupal por una sencilla razón: estamos hechos de vínculos, nuestro signo es la dependencia, la interacción, somos emergentes de una trama de afectos, de palabras, de ideas.

Sólo mediante arduos procesos de crecimiento se llega, después, a la individuación. Sólo se es *sujeto* si se tuvo antes *un grupo* en el cual constituirse. Los seres que han sido abandonados tempranamente por sus grupos de origen sin que los acogiera trama social alguna, carecen de la posibilidad de transformarse en sujetos. La palabra misma remite a sujeción, a atadura. Recomendamos al respecto un par de películas: “*El niño lobo*” y “*El enigma de Kaspar Hauser*”.

LO PARADOJAL

El grupo es el verdadero soporte de la identidad, cualidad ésta que se construye a lo largo de toda la vida. Construimos nuestra identidad identificándonos con otros, desde mamá y papá en adelante.

La primera paradoja con que nos encontramos es la siguiente: el grupo es soporte de nuestra identidad, pero a la vez la amenaza. Y lo hace porque permanecer en un grupo nos obliga a descentrarnos.

Cada uno de nosotros tiende a centrarse en sí mismo y a constituirse como eje centrípeto de los demás; se trata por supuesto de una fantasía porque en el mejor de los casos uno puede ser el centro, apenas, de su propia vida. Nos anima, pues, un deseo de centración que el grupo por lo general frustra.

He aquí lo que Freud llamó una “herida narcisística”. Se trata de la ruptura de una ilusión, de un ataque al amor propio. Desde la óptica freudiana la humanidad en su conjunto conoció hasta el presente tres heridas narcisísticas:

1. La Tierra fue considerada por milenios el centro del universo. La percepción apoyaba



esta creencia: si miramos el cielo es evidente que todo gira a nuestro alrededor mientras el planeta permanece sin lugar a dudas quieto. Fue Galileo quien puso esta aseveración en cuestión, lo que le valió el ataque más feroz por parte del Poder. Admitir que la Tierra es apenas un pequeño mundo que gira en torno al sol, que éste es una pequeña estrella que gira entre millones en el brazo de una galaxia, y que ésta es una más en un océano de infinitud, es a todas luces una herida narcisística. Herida que se ahondó cuando pudimos observar a nuestro frágil planeta mediante filmaciones realizadas desde el espacio exterior.

2. La especie humana reinó durante siglos por sobre las demás especies animales. Fuimos los seres creados por Dios a su imagen y semejanza, hasta que Charles Darwin puso las cosas en su lugar: no somos más que una especie que evolucionó de otras.
3. Desde siempre se consideró que cada sujeto es dueño de sí por vía de la razón. Éramos dueños de nuestros actos, la voluntad imperaba, podíamos decidir y actuar en consecuencia. Los desarrollos de Freud demostraron otra cosa: estamos gobernados por fuerzas inconscientes formidables que determinan nuestra conducta pese a los esfuerzos de la voluntad más férrea. Estas fuerzas están dentro nuestro, pero actúan por fuera de nuestro dominio.

En estos tres casos es posible observar hasta qué punto la resistencia al descentramiento retrasó el conocimiento de la realidad por parte, no ya de un individuo, sino de la humanidad toda.

En los grupos se pone en acto esta dificultad de descentrarnos, pero, al mismo tiempo, no hay otro destino que ese: en efecto, ya que todos juegan allí su deseo de centración, el de cada uno resulta cercenado.

Dice Didier Anzieu: "El grupo funciona como un espejo multifacetado". La mirada de cada otro nos devuelve algo de nosotros mismos. Nuestra conducta tiene una respuesta en cada integrante, y esa respuesta nos llega por vía de múltiples signos: su mirada, su palabra, sus gestos, su postura corporal, sus silencios.

Se trata de signos de aprobación o desaprobación, de aceptación, rechazo o indiferencia. Permanentemente estamos fantaseando acerca de lo que el otro piensa o siente a propósito de lo que decimos o hacemos. Testeamos al otro, establecemos su estado de ánimo en función de su cara, de lo que dice, de lo que calla.

En una relación de a dos es más fácil convertir este chequeo en una secuencia de ajustes constantes; en el diálogo van adaptándose uno al otro. Pero en un grupo, frente a quince



o veinte personas, esta multiplicidad del espejo puede tornarse inquietante por- que la imagen devuelta no suele coincidir con la que tenemos de nosotros mismos.

Esto se ve claramente en los juegos de rol playing: cuando uno “hace” del otro, ese otro suele sorprenderse de los aspectos propios que ignora y que el compañero ha captado y dramatiza.

Desde el momento en que nadie es perfecto, las facetas del espejo devuelven lo “bueno” y lo “malo”, lo potable y lo inadmisibile, lo que se acepta y lo que se rechaza. En este sentido el grupo es la instancia objetivante por excelencia. Nuestro deseo de centración, nuestro narcisismo, son instancias subjetivas. El grupo aplanla la subjetividad y promueve la objetivación.

El temor a la mirada del otro tiene aún otro aspecto adicional. La imagen devuelta por el grupo está fragmentada. Cada uno mira desde un lugar particular y ve una parte del que somos. ¿Desde dónde miramos? Desde nuestra propia historia, desde lo que sabemos, desde lo que sentimos y pensamos. Esto también es subjetivo, cada uno, al “hacer de espejo” devuelve desde sí mismo, pero hay un efecto acumulativo de la subjetividad que genera objetividad.

Sin embargo, la sensación que tenemos en un grupo es que esa mirada colectiva no nos totaliza, sino que nos fragmenta poniendo en tela de juicio nuestra integridad.

No saber qué espera cada otro de uno genera la fantasía de estar a merced de todos, más aún, del deseo de todos. En este sentido nos invade el supuesto de que nuestro propio deseo podría quedar cancelado.

Desde otro ángulo, el grupo propone una asimetría inquietante. ¿A cuántas personas puedo abarcar con mi mirada? A unas pocas y sucesivamente. Inversamente, uno siente que puede por momentos ser el foco de todas las miradas en forma simultánea. Desde esta perspectiva, el control que uno puede ejercer sobre los otros es muy inferior al que el grupo puede ejercer sobre uno.

En esa misma línea, cuando uno se siente mirado por todos también se agrega la fantasía de que esos todos son un conglomerado, una masa unificada, un conjunto de personas que piensan lo mismo, máxime en las primeras reuniones, cuando no se los conoce en profundidad. Sentir que todos son una masa que nos mira, es cómo enfrentarse a un único ser de cuarenta ojos que nos controla desde su vasto poder.



Esto podría desatar en los individuos una cierta sensación de incomodidad: la mirada del otro podría ser de algún modo intimidatoria. Todo esto dicho en modo potencial por- que se trata de fantasías que no siempre concuerdan con la realidad.

De todos modos, pese a la molestia, a la ansiedad, al temor que esa mirada puede generar, para el psicoanálisis nos constituimos como sujetos en esa potencialidad del ataque, en esa “paranoia” que hace del otro un par en la *identificación* y en la *rivalidad*.

Estamos desplegando un abanico de amenazas, pero en los grupos también abunda lo opuesto. Es allí donde producimos con mayor riqueza, donde potenciamos la creatividad, donde encontramos el camino del cambio, donde tejemos los vínculos que nos sostienen.

EL GRUPO EN LA HISTORIA

En las lenguas occidentales la palabra “grupo” se asoció en algún momento al arte, aludiéndose a objetos y no a personas. Se hablaba en Italia de “grupos escultóricos”, por ejemplo, donde cierto número de imágenes interrelacionadas mostraban más el conjunto que la singularidad.

El Monumento al Trabajo que está en la avenida Paseo Colón frente a la Facultad de Ingeniería, es un *grupo escultórico*. Vemos allí una piedra que es arrastrada por varios individuos. El vocablo “grupo” alude sin duda a éstos, pero en tanto conjunto de piezas de bronce o de granito.

Es recién en el siglo XVIII cuando aparece el término referido a una reunión pequeña de personas. Aquí vemos que la resistencia apunta a entidades donde la interacción es personalizada. Podemos pensar que, si allí se localiza un conflicto, éste podría tener que ver con el orden de lo conspirativo.

La raíz etimológica de la palabra *grupo* puede rastrearse en una de las lenguas romances, el italiano, donde “groppo” significa “nudo”.

Nudo remite a elementos entrelazados, a confluencia, a interdependencia. En alemán “krupa” significa por su parte “mesa redonda”. En la antigüedad se refería a un mueble con esas características geométricas, alrededor del cual podía discutirse un tema, arrimar ponencias desde lugares de paridad.

Mesa redonda cobró luego otros significados y quedó como imagen metafórica donde prevalece la circularidad, entendida ésta como sinónimo simbólico de equidistancia. Pero ¿equidistancia respecto de qué? precisamente de un centro de interés, de un objeto de

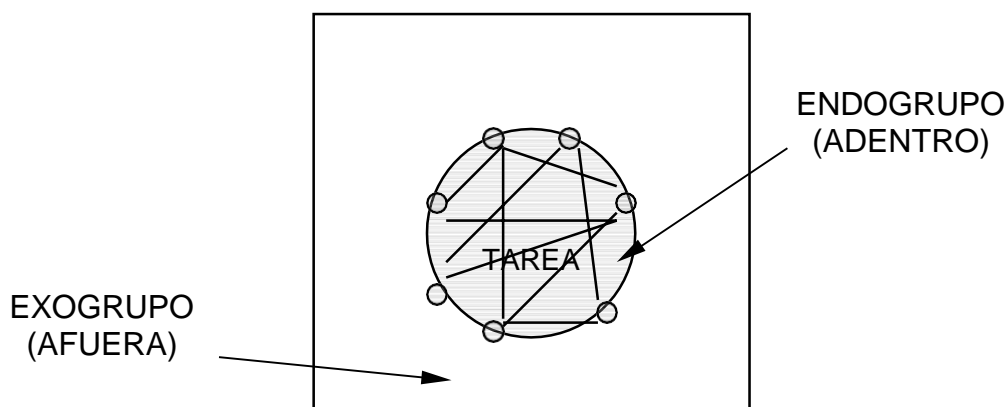
conocimiento.

En la Orden de los Templarios, los iniciados se agrupaban circularmente alrededor de un altar.

Para nosotros el centro de interés está configurado por la tarea. La disposición circular tiene por objeto la evitación de las relaciones duales, erigidas como foco de privilegio. Parecería que la circularidad garantiza tanto en lo físico como en lo simbólico una interacción igualitaria, la posibilidad de verse las caras, de tender nexos igualitarios de todos con todos.

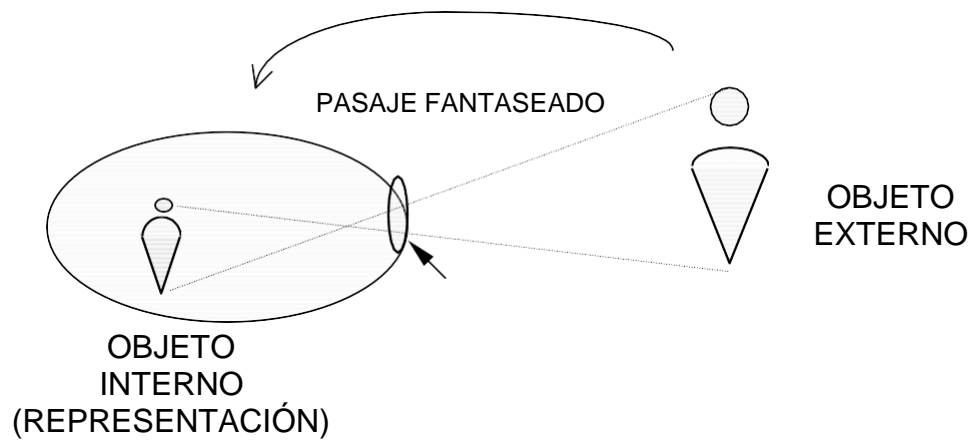
Al mismo tiempo, el redondel define un adentro y un afuera, un grupo y un no-grupo, un espacio topológico al que todos enfrentan y comparten, y otro al que “dan la espalda”.

Este par puede considerarse en términos de endogrupo y exogrupo.



Pichon-Rivière acuñó una definición muy ajustada de lo que es, para la Psicología Social, el grupo pequeño: “Conjunto restringido de personas ligadas por constantes de tiempo y espacio y articuladas por la mutua representación interna, que se proponen en forma explícita o implícita la realización de una tarea que constituye su finalidad, interactuando a través de complejos mecanismos de asunción y adjudicación de roles”.

Intentaremos un breve análisis de esta definición. Conjunto restringido de personas alude, como se ha dicho, a una reunión donde la interacción es personalizada, cara a cara. La ligazón entre ellas por constantes de tiempo y espacio habla de una convergencia en momentos y lugares.



“LENTE PSÍQUICA”



Como sucede con cualquier grupo operativo que se reúne en un aula determinada a cierta hora en cierto horario un día fijo por semana. La mutua representación interna significa la internalización efectiva del otro que cada integrante realizó a lo largo de un proceso. Todos los objetos concretos del mundo exterior pueden ser internalizados -es decir, pasados al mundo interno- por medio de lo que ha dado en llamarse “pasaje fantaseado”. Cuando conocemos a alguien lo incorporamos, construimos de él una representación, una idea, una entidad psíquica. Ese objeto interno coincidirá en mayor o menor medida con el objeto real, habrá entre ambos una mayor o menor distorsión, dependiendo esto del grado de ajuste con la realidad que nuestra psiquis haya desarrollado. Captamos al otro por medio de nuestro sistema perceptivo, pero filtramos esa percepción a través de una cierta “lente psíquica” que introduce pequeñas o grandes deformaciones.

Cuando ingresamos a un grupo nuevo, no hay mutua representación interna. Sin embargo, cuando salimos de él, al cabo de la reunión, nos es posible recordar algunas caras y no otras. Algo de algunos integrantes, sus rasgos, su manera de intervenir, nos remite a otro personaje. De esto hablamos cuando decimos que todo encuentro es un reencuentro.

Hay integrantes que nos impactan inmediatamente, mientras que otros nos resultan más neutros y tardamos más en internalizarlos.

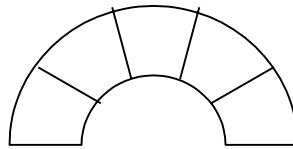
Para completar el proceso de internalización, el grupo debe transitar por todo un proceso donde la reiteración, el intercambio, los juegos implementados, el trabajo en sub- grupos, irán imprimiendo en cada uno la representación de los demás, del equipo de coordinación y del grupo como entidad autónoma.

Acabamos de decir “entidad autónoma”, tomando al grupo como un objeto a internalizar distinto de los integrantes que lo componen. Uno de los axiomas presentes en Psicología Social es el que distingue grupo de suma de miembros. Algunos autores dicen “el todo es más que la suma de las partes” -entendiendo “todo” por grupo y “partes” por integrantes. Otros prefieren afirmar: “El todo no es más que la suma de las partes sino algo cualitativamente diferente”.

En ambas definiciones hay algo de cierto. Para entender esto del todo, la suma y las partes recurriremos a una analogía arquitectónica. Los romanos inventaron una unidad estructural eficaz y bella que es el arco. Lo que dio en llamarse “arco romano” se construye mediante un conjunto de piedras que, por la forma que adopta el diseño, resulta estable y de notable fortaleza.



En el ejemplo no se trata de una mera suma, sino de suma y configuración. No es lo mismo disponer las piedras en línea recta -lo cual también sería una suma- que en sucesión curvada. Aquí la curva garantiza una acción de mutuo sostén que dota al conjunto de una estabilidad de alto grado.



SÍMIL DEL ARCO ROMANO

Llevado esto al plano psíquico, verificamos que en la mutua representación interna construimos representaciones de cada uno de los otros y, además, de una entidad totalizadora, el grupo, distinta de las demás categorías.

La definición de grupo distingue ligazón de articulación. Entendemos por articulación un nexo dinámico más profundo. La mutua representación interna supone la interacción de unos con otros desde las representaciones cruzadas construidas. Es más: en el vínculo establecido entre dos integrantes cualesquiera, también influyen los demás vínculos ya que se trata de un sistema, así como en el arco romano cada piedra sostiene y es sostenida por las contiguas, pero intercambia tensiones con el resto.

La definición de marras habla de una tarea instituida como finalidad. Partimos de una premisa básica: no hay grupo sin tarea.

Esta frase cobra sentido cuando hablamos, por ejemplo, de un grupo operativo. Pero parece perderlo si nos referimos a una reunión de amigos que se juntan en un bar. Pues lo que viene a decirnos la Psicología Social es que hay allí una tarea -juntarse a charlar y a tomar café- aunque no se trate de una actividad categorizada como tal por sus protagonistas.

Esto nos conecta con otro par de conceptos: tarea explícita y tarea implícita. Hablar de tarea explícita supone referirnos a tarea prescripta. Lo *explícito* es lo dicho, lo expuesto, lo orgánicamente estipulado. En los grupos operativos hay una tarea explícita que es estudiar los temas de la Psicología Social. Pero también hay una tarea implícita que consiste en tejer la trama grupal, conocer al otro, disolver los obstáculos. Un grupo que se

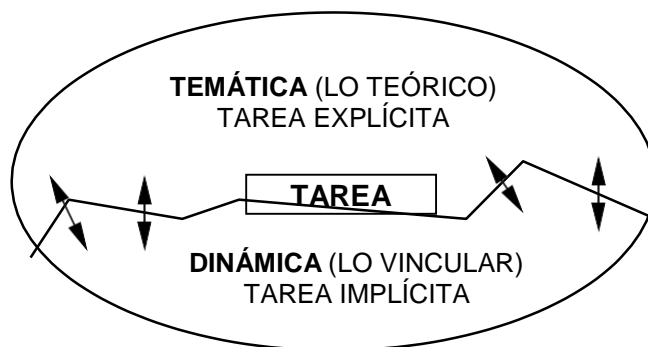


reúna para estudiar una materia con vistas a rendir un examen tiene el mandato explícito de estudiar; puede que nadie lo diga, pero también se reúnen para mitigar ansiedades, para darse ánimo, para conjurar los miedos. Esa sería, para ese grupo, la tarea implícita. Podemos afirmar que, para que la tarea explícita pueda concluirse exitosamente, es necesario “trabajar” la implícita.

La contradicción en la Escuela de Psicología Social es la siguiente: en los teóricos se despliega el tema a tratar y se confirma lo que se leyó en los cuadernillos y se escuchó el primer día en Secretaría: en los grupos se trabajan los teóricos. Hay algo dicho, manifiesto, explícito, que es trabajar la teoría. Y también desde los teóricos se habla de la tarea implícita, a la que el grupo también debe abocarse. Desde este punto de vista, lo implícito dejaría de serlo. Esto es lo que suele confundirnos cuando abordamos este tema.

Para que un coordinador pueda facilitar la ejecución de la tarea explícita -trabajar los temas teóricos debe rastrear elementos de lo implícito. Es por eso que desde la función se apunta a la dinámica cuando el grupo procesa la teoría excluyendo lo vincular.

Puede también suceder que el grupo se estanque en lo dinámico y deje de lado lo teórico, en cuyo caso el coordinador llamará la atención sobre lo temático. Dice luego la definición: “...mediante complejos mecanismos de asunción y adjudicación de roles”. Este concepto -que tendrá más adelante un tratamiento teórico específico- alude a la investidura con que el sujeto despliega su conducta. No existe sujeto sin rol, aun en la soledad más absoluta. Este vocablo, cuyo origen debemos rastrear en el teatro antiguo, refiere a dos instancias diferenciadas: la posición o status, y el desempeño.

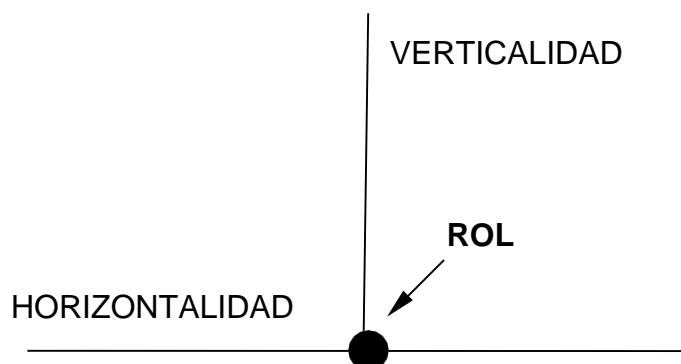


Un rol determinado, por ejemplo, el de médico, tiene un aspecto social determinado; se trata de lo que se espera de él. Por otra parte, cada sujeto cumplirá ese rol desde su propio estilo, desde sus peculiaridades individuales.



Si bien la Teoría de Roles será desarrollada en profundidad oportunamente, podemos adelantar –ya que figura en la definición pichoniana de Grupo- que el rol que cualquiera puede desempeñar en un grupo está determinado por dos ejes principales a los que llamamos verticalidad y horizontalidad. Denominamos verticalidad a lo que cada uno es por el hecho de tener una historia singular, a todo aquello que hace a la diferencia respecto del otro. En cambio, horizontalidad es el aquí y ahora, la circunstancia actual, lo situacional.

El rol es, pues, la articulación de ambos ejes.



La ubicación del rol en esta intersección responde a una razón clara: desde su propia verticalidad uno puede estar predispuesto a jugar determinado rol en un grupo, pero es la estructura actual de ese grupo -la horizontalidad- lo que va a posibilitar o no ese desempeño.

El rol será pues el resultado de una puja, de un conflicto entre las necesidades del sujeto y las del grupo.

Es posible que el conflicto del que hablamos quede reducido a la nada si, por ejemplo, un integrante con pasta de líder y ganas de serlo se inserta en un grupo donde los demás integrantes manifiestan la necesidad de ser conducidos.

En otros casos, la pretensión de liderar de un integrante choca contra una resistencia cerrada.

Por eso hablamos de adjudicación y asunción. Hay, pues, una doble condición para que un determinado rol pueda en el grupo ser jugado.

Los roles son funcionales, es decir, sirven a determinadas necesidades grupales. Desde el líder verborrágico hasta el integrante más silencioso, se hacen cargo de algo que el



grupo necesita depositar en alguien.

Cuando el grupo lleva ya algunas reuniones, los integrantes muestran sus respectivas personalidades, sus cualidades y defectos, sus habilidades y limitaciones. Esto tiende a estereotipar los roles, es decir, a que cada uno encuentre “su comodidad” en el grupo.

Una de las funciones del coordinador, a la hora de apuntar a la disolución de los obstáculos, será señalar este congelamiento con vistas a que los roles roten, se intercambien. De no ser así, el proceso grupal -y el de cada uno tenderá a empobrecerse. Cuando los que aportan información son siempre los mismos el grupo pierde la riqueza de la diversidad, de la multiplicidad de opiniones, de la pluralidad de miradas. No habrá pues allí proceso sino transvasamiento, alimentadores y alimentados, perdiéndose de ese modo la oportunidad de generar conocimiento.

El material que se imparte desde la clase teórica, que llamamos “disparador” y que está constituido por una multitud de estímulos conceptuales, debe ser fragmentado en el grupo. Esta fragmentación tiene lugar en virtud de las diversas ópticas, de la parcialidad con que cada integrante enfoca los temas, de la selección inconsciente que de ellos hacemos, de los montos de aceptación o rechazo que el material despierta en nosotros.

La diversidad y el intercambio de roles enriquece la producción grupal y facilita la reconstrucción del material teórico que cobra así una dimensión que al ser expuesto no tenía.

Cada situación grupal constituye una estructura. La historia del grupo no es otra cosa que una sucesión de estructuras que, como los fotogramas de una película, emergen unas de otras. El aspecto dinámico de esta sucesión puede graficarse con un gerundio: “estructurándose” (gestaltung). En su desarrollo el grupo transita de una estructura a otra, sin que esto signifique necesariamente disgregación o ruptura.

Nótese que hemos distinguimos “grupo” de “situación grupal”. Cabría preguntarse si hay en esencia diferencia entre ambas cosas. Comparemos al grupo con un sujeto: hay una continuidad cimentada en el concepto de “mismidad”; cuando hablamos de alguien fotografiado a los 18 años y luego a los 40 decimos “se trata de la misma persona” pero también admitimos que cambió profundamente.

Un grupo es en alguna medida “el mismo grupo” en abril que, en septiembre, pero también es cierto que “es otro” en virtud de la historia transcurrida y construida, los integrantes han modificado roles y actitudes, han desarrollado aptitudes, hay un cambio



en la cantidad de conocimiento y en la calidad de saber producido. Hasta el equipo de coordinación ya es otro.

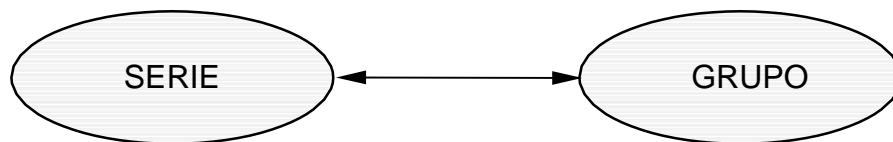
Tanto si hablamos de grupo como de situación grupal, lo estructural manda. Hay allí partes que interactúan, hay un todo que varía si lo hace alguno de sus elementos. Constantemente en los grupos hay componentes en proceso de cambio: los vínculos se redefinen, los pactos se reformulan, los mundos internos de los integrantes - hechos de vínculos sufren transformaciones.

Hay un vocablo íntimamente ligado a la noción de grupo: configuración. Esta palabra da idea de dibujo geométrico, de algo visualizable por cuanto remite a interjuego de figuras. En efecto, en el constante estructurarse del grupo hay figuras y entre ellas nexos que en mayor o menor medida cambian. Hay allí cuerpos, conductas, afectos, discurso, signos de todo tipo, variables que fluctúan en el doble plano de lo manifiesto y lo latente. Se trata, en el más estricto sentido de la palabra, de un texto complejo para cuya lectura estamos aquí capacitándonos.

SERIE VERSUS GRUPO

Jean Paul Sartre, pensador existencialista francés contemporáneo, trabajó la temática de lo grupal a partir del análisis de los movimientos sociales que tuvieron lugar alrededor de la Toma de la Bastilla, en la Revolución Francesa de 1789.

Introduce, en ese escrito, el concepto de serie como antítesis de grupo. Veamos de qué se trata:



1. Llamamos serie a un conjunto de personas ligadas por mera co-presencia. Hay allí una coincidencia en tiempo y espacio.
2. La *coincidencia* es efecto de la existencia de algo en común. Los que se acercan lo hacen persiguiendo un mismo propósito, como puede serlo ver una película en un cine.
3. En el marco de esa co-presencia, la serie permite conexiones interpersonales superficiales y efímeras.



4. Predomina el anonimato: no interesa quién es el otro; aun sabiendo su nombre por obra de un contacto pasajero, el otro mantiene su condición de anónimo; es un nombre vacío tenuemente ligado a un rostro.
5. Rige la intercambiabilidad: da lo mismo que el que está al lado sea uno u otro, ya que en ningún caso es significativo.
6. Los nexos que circunstancialmente podemos establecer con el otro son vividos como alienados, entendiéndolo por esto algo del orden de lo ajeno, lo exterior.
7. Es posible compartir con otro un código, un idioma, una preferencia, un objetivo, pero ello no basta para que la serialidad dé lugar a la instancia grupal. Compartir aquí está dicho como tener lo mismo, no como participación conjunta de mutua elección.
8. Pese a la co-presencia, predomina la soledad, el aislamiento. Sartre llamó a esto “yuxtaposición de soledades”, aludiendo a una mera sumatoria de individualidades.

Ahora bien: ¿cómo es posible lograr el pasaje de la serie al grupo? En principio, transformando el objetivo en común en un objetivo común. En el primer caso el otro no interesa, pero cuando hay un objetivo común es porque el otro se tornó significativo. Que el otro sea significativo implica que es necesario para el logro del objetivo, que no es anónimo, que hay un vínculo no efímero ni superficial entre ambos, que no es reemplazable por cualquier otro, que no es un número más, sino que ocupa determinado lugar en su mundo interno, que en la comunicación entre ambos hay un feed-back fluido.

Una serie puede pasar a grupo cuando, por ejemplo, se instala una situación de riesgo, como es el caso de un conjunto de personas que viaja a un lugar de veraneo. Son una serie en sentido estricto. Pero si ocurriese un accidente, pasarían rápidamente a grupo: alguien surgiría como líder para organizar el salvataje, otros asumirían tareas específicas de atención a los heridos, de reparación del vehículo, de comunicación, de alimentación. También hay pasaje de serie a grupo cuando se produce un cambio cualitativo que demanda una mayor intimidad entre las personas.

En la grupalidad los nexos interpersonales dejan de ser vividos como alienantes porque la constitución del grupo hace a la interioridad de los sujetos. Queda tendida, en el paso de la serie al grupo, una dialéctica entre lo intersubjetivo -entre sujetos- y lo intrasubjetivo lo que acontece en el mundo interno de cada uno de ellos.



Por esta vía todo lo que sucede entre sujetos modifica a cada protagonista, y lo que sucede en cada mundo interno modifica al conjunto.

De todos modos, dice Sartre, todo grupo está en riesgo de serialización.

Y para controlar ese riesgo, los grupos despliegan una defensa que se manifiesta en dos planos:

1. El grupo fusión
2. Juramento y terror

Entendemos por “grupo fusión” a la ilusión compartida por la cual la fragilidad presente se conjura disolviéndose todos en una masa única. En la fusión se pierden las individualidades, pero también las identidades. Se trata de una fantasía que remite a la *vida intrauterina*.



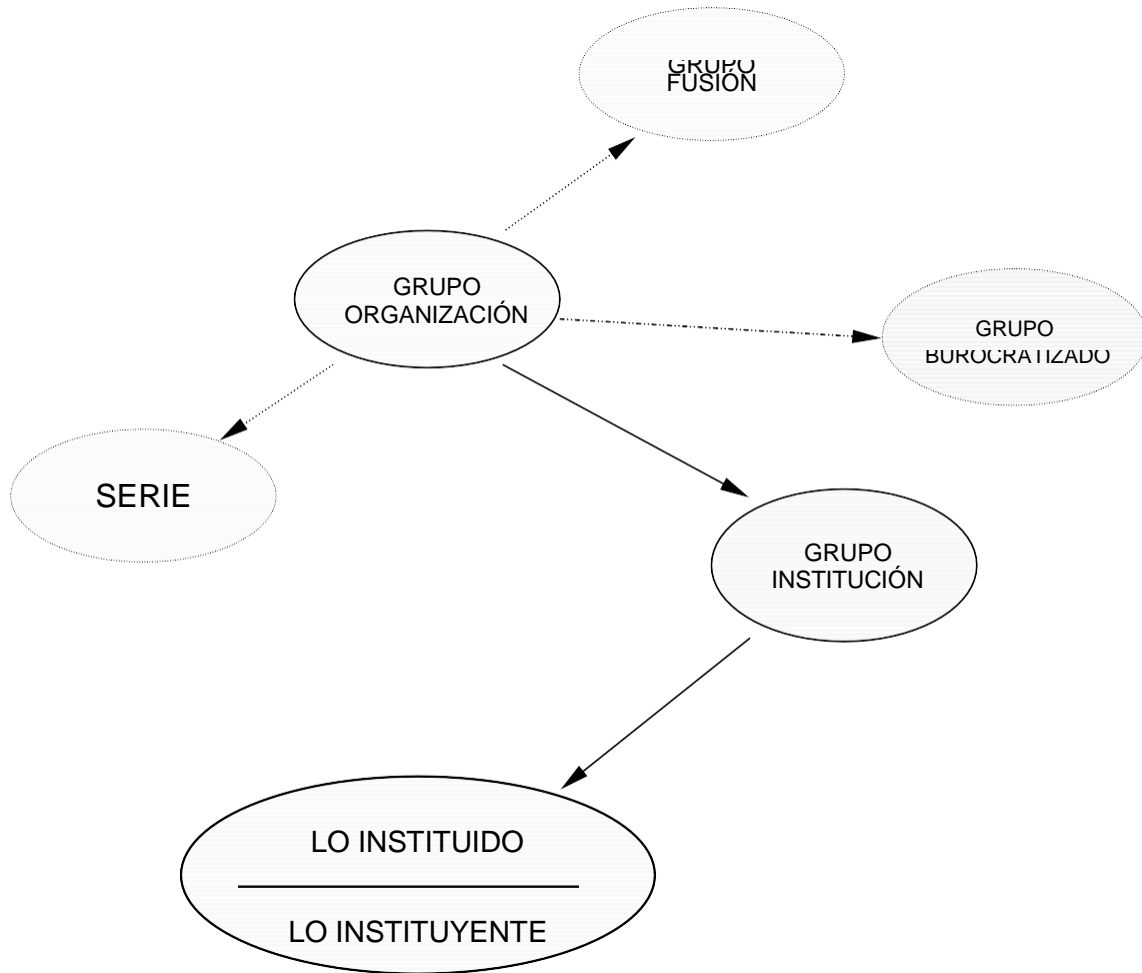
En la fusión no sólo todos son iguales, sino que son lo mismo. Predomina la homogeneidad, la indiscriminación, la ausencia de diferencias.

Los grupos de adolescentes presentan muchos de estos signos. La uniformidad se despliega en la ropa y otros objetos de consumo, en el código comunicacional, en los lugares de concurrencia, en la música, en lo que se come y se bebe.

En los mecanismos de juramento y terror, la debilidad grupal obliga a un compromiso total, a un pacto de renunciamiento a todo disenso. La intolerancia a la diferencia amenazante deriva en persecución. El grupo adquiere un grado tal de susceptibilidad que la ausencia circunstancial de un integrante es vivida como riesgosa. El ausente deviene en sospechoso: no se sabe dónde está, qué piensa, su grado de acatamiento al pacto está en cuestión.

Para esta variante, Sartre reserva el siguiente aserto: “Para que un grupo se constituya necesita de un enemigo afuera y un sospechoso adentro”.

Esto que aparece como terrorífico, puede revestir un sesgo trágico -como lo demuestra Sartre a propósito del terror francés de fines del siglo XVI- o manifestarse mediante actitudes más pedestres: al distinto se le reducen espacios de expresión, se lo margina, se lo confronta dilemáticamente. Cuando el grupo logra consolidarse, se reducen los riesgos de serialización, la fragilidad amengua, la fusión deja de ser una instancia de salvataje para convertirse en una perspectiva molesta.



Para la visión sartreana el conjunto pasa a “grupo-organización”. En esta etapa todo lo que era vivido como amenazante se revela ventajoso. Las diferencias se valorizan, puede aparecer cierta división del trabajo, emergen roles, cada uno puede ser él mismo. Las diferencias maximizan la eficacia del grupo en relación al logro de sus objetivos.

Sin embargo, la organización alcanzada -medio para que tales objetivos puedan hacerse realidad- con frecuencia se convierte, en fin. Es entonces cuando el grupo trabaja para satisfacer principalmente los requerimientos organizacionales. Estamos frente a un grupo burocratizado.



Burocracia significa “gobierno de los escritorios -*cracia* del buró-”. El objetivo inicial se desdibuja y el aparato cobra prioridad excluyente. El grupo burocratizado se estereotipa, convertido en una máquina que se ocupa de la máquina, en un perro que se muerde la cola.

Como es obvio, la burocratización de un grupo entraña intereses de partes. En las instituciones podemos observar hasta qué punto esta modalidad estructural coincide con la imagen popular del palo en la rueda: inhibe ciertos procesos ligados a los objetivos originarios, pero acepta los que persiguen sus artífices.

El último estadio, para el análisis de Sartre, es el del “grupo institución” o “grupo institucionalizado”.

Categoriza así al grupo que alcanza el pináculo de su funcionamiento, al grupo eficaz respecto de sus metas fundacionales.

Pero como todo proceso es dialéctico, un grupo tal conlleva la semilla de su opuesto. En efecto, toda estructura institucionalizada confrontará tarde o temprano, abierta o solapadamente, con una corriente instituyente.

A esto alude Françoise Dolto, psicoanalista francesa contemporánea, cuando afirma: “Toda revolución fallida es triunfante porque sus ideales perviven en el espíritu de los derrotados, y toda revolución triunfante es fallida porque, tras la toma del poder, los nuevos gobernantes arrían sus banderas y se tornan conservadores de ese poder”.